

do manchó jamás. Esto mismo pensaba San Anselmo: «Nuestra Reina celestial, dice; aquella á quien el Verbo eligió por Madre en bien y para la salvación del mundo, no pudo estar en el instante de su Concepción sujeta á la muerte de la culpa, que por envidia del demonio se había desencadenado en la tierra. ¡Oh! El entendimiento rehusa pensar en ello; la reflexión se asusta y lo rechaza; la lengua no se determina á pronunciarlo.» (*Opusc. de Concept. B. V.*) Así finalmente pensaba Bossuet, el más elocuente panegirista quizás de la Santísima Virgen, quien contempla con fe mezclada de amor á Jesucristo oculto en el seno de María, y exclama: «Cuando miro al Incomprensible de este modo encerrado, y al Inmenso como reducido á estrechos límites; cuando veo á mi Libertador en esa estrecha y voluntaria prisión, suelo decirme á mí mismo: ¿pudo suceder que Dios quisiera abandonar al demonio, aunque no fuera más que por un instante, este sagrado templo destinado para su Hijo; este santo tabernáculo donde había de reposar tan larga y admirablemente; este virginal lecho donde había de celebrar sus espirituales nupcias con nuestra naturaleza? De esta manera discurro yo á mis solas. Y volviéndome luego al Salvador, le digo: ¡Bendito Niño, no lo toleréis! ¡No permitáis que vuestra Madre sea profanada! ¡Ah! Si Satanás se atreviese á poseerla, en tanto que Vos formabais de María un paraíso, ¿qué de rayos no lanzaríais sobre su cabeza! ¡Con cuánto celo no defenderíais el honor y la inocencia de vuestra Madre! Si esto sucedería ahora, debió suceder también en el principio: porque Vos, por quien los siglos fueron hechos, sois antes que todos los siglos, y cuando fué concebida vuestra madre, la mirabais ya desde lo alto de los Cielos; más aún: Vos formabais sus miembros, enviabais el soplo de vida que animaba esta carne de que habíais de tomar la vuestra. ¡Oh! Advertid, Sabiduría eterna, que en aquel momento, que considero como actual, va á ser inficionada del horrible pecado; va á ser poseída de Satanás. Apartad de vuestra Madre tan gran desgracia; empezad á honrarla; haced que le sirva ahora ya el haber de tener un Hijo que en este momento presencia su Concepción. Bien mirado, es ya María vuestra Madre, y Vos sois Hijo suyo.» (*1.ª Serm. sur la Concept.*)

Habéis oído, C. H., lo que dicen los Sagrados Libros, así los anteriores á Jesucristo, como los que se escribieron después. Lo que se publicó por los Profetas y por los Evangelistas, tuvo en ambos casos por fin, expresar predicciones, elogios ó hechos, en el fondo de los cuales se cimenta el dogma de la Inmaculada Concepción de María, si bien en un estado oscuro y latente, también incontestable y positivo. No hay, es cierto, términos precisos que lo enuncien; pero ¿qué importa? En el grano de trigo que el labrador deposita en el surco, se nos muestra anticipadamente la espiga que ha de procrear, y el tallo que la debe nutrir y sostener. No está en vuestra mano anticipar la germinación; sin embargo, ahí está: el tiempo, el influjo del sol y del rocío bastarán para hacer que nazcan de esa semilla, en cuyo seno, hoy por hoy, en vano buscaríais ni aún los lineamentos. Esto mismo

sucede en los pasajes bíblicos que acabamos de comentar. La Inmaculada Concepción de María Santísima no viene expresada en las palabras, pero viene anunciada en las cosas. Los triunfos, los presagios, las bendiciones de que está colmada la Santísima Virgen, la dignidad de que se halla revestida, todo supone, todo reclama la gran prerogativa de haber sido concebida sin pecado original. Este es el punto regenerador, el fundamento necesario de la inmensa copia de gracia que ha de desenvolverse en la Madre de Dios, y de la cual las Santas Escrituras nos presentan un cuadro magnífico. El más leve, el más sencillo razonamiento basta para convencernos de esta verdad. La espiga está oculta solamente bajo una débil cubierta: no tardará en llegar el momento en que, por la fuerza de una misteriosa vegetación, rompa la cáscara, mostrándose bajo formas más determinadas á la fe del universo católico.

Permitidme, C. H. M., continuar la comparación por el mismo orden: En el instante en que la planta principia á crecer, los rudimentos de sus hojas presentan caracteres muy poco marcados. Allí hay alguna cosa menos vaga que en la semilla de donde la planta nació; reconócese ya, si es necesario, la familia á que ésta pertenece; pero aún domina en los lineamentos una indecisión que los años únicamente pueden cambiar en rasgos más fuertes y mejor definidos. Del mismo modo el dogma de la Concepción Inmaculada, al entrar en la tradición, no se despoja enteramente de las indeterminadas apariencias bajo las cuales se ofrece á nuestra consideración en los Libros Santos; mas á pesar de ésto, siéntese circular la savia como acalorando la fe de los Santos Doctores, y haciéndola brotar en testimonios, cuya precisión y nitidez se aumenta de siglo en siglo, con las edades de la Iglesia.

Comenzaré citando al Apóstol San Andrés, el cual decía á los primeros fieles: «Así como de una tierra inmaculada se formó el primer hombre, que, por el árbol de la prevaricación, introdujo en el mundo la muerte, así también fué necesario que, naciendo de una Virgen Inmaculada Jesucristo, hombre perfecto, verdadero Hijo de Dios y autor del primer hombre, restaurase la vida eterna perdida para todos, destruyendo por medio del árbol de la Cruz los efectos producidos por el árbol de la concupiscencia.» No ignoro, A. H., que se disputa la autenticidad de estas palabras atribuidas á San Andrés, por los sacerdotes y diáconos depositarios de la doctrina de este Apóstol y redactores del acta de su martirio; pero también sé que la crítica ha vindicado de tan injuriosa duda la letra antigua y venerable que contiene tan ilustre testimonio, que, como veis, no carece de cierta precisión. En efecto: la tierra de que el primer Adán fué formado era perfectamente pura, sin que hubiese sido inficionada de veneno alguno; y pues que *era necesario* que el segundo Adán naciese de una tierra tan virginal por lo menos como aquella otra, también *es necesario*, en grado equivalente, que María haya sido preservada de la culpa original.

Debo citaros, en segundo lugar, á San Justino, filósofo y mártir,

el escritor que más cerca bebió en las puras fuentes de la fe, como que á mediados del segundo siglo de la Iglesia fué cuando compuso sus inmortales obras y vertió heroicamente su sangre por Jesucristo; San Justino, pues, nos dice: que si Eva era virgen sin mancha en el momento en que perdió á la humanidad, no pudo María ser menos pura que ella para cooperar á nuestra redención.

No omitiré á San Ireneo, astro esplendoroso que brilló en Oriente, quien, por su maestro San Policarpo, estuvo unido al Apóstol San Juan, hijo privilegiado, aunque adoptivo, de María, desde el sacrificio del Calvario, y tutor de la augusta Virgen durante los últimos años del solitario destierro que la Señora pasó en el mundo. Nadie, en efecto, debió estar más instruido en sus glorias que el ilustre discípulo y sucesor de Potino. Por él sabemos que María Santísima debe á su virginidad ser abogada de Eva, virgen también, es cierto, pero rebelde y culpable. ¿Cómo, dice aquel Santo, se hubiera permitido á María, cómo habría podido ella misma colocarse en el lugar de mediadora, si en algún tiempo había sido envuelta en la rebelión y desgracia de Eva? La semejanza entre Eva y María es el pensamiento que domina á todos los Doctores de los primeros siglos. Obsérvese lo mismo en Tertuliano, que en Orígenes y en San Epifanio; cada uno de ellos le imprime, al desenvolverlo, el carácter de su genio; pero todos convienen, si no en deducir expresamente, á lo menos en sugerir la consecuencia de que María, para ayudar al rescate del mundo, no fué menos Inmaculada que la antigua Eva para derribarlo en el abismo; que para darnos completamente la vida, no pudo conocer jamás la muerte; que es absurdo suponer que María, sublimemente destinada á hollar la serpiente, haciéndola expiar su triste victoria sobre la primera mujer que prevaricó, hubiese padecido el doble estrago de la seducción y del veneno de la misma serpiente. En verdad, que aunque la frase *Inmaculada Concepción* no se halla en estos elogios, hállase claramente la doctrina de este sagrado dogma tan manifiesta, que es imposible no distinguirla.

Y no está menos evidentemente contenida en los diversos símbolos que la antigüedad cristiana empleó para glorificar á María. En símbolos históricos es saludada, ora como paraíso de delicias, morada de la gracia y de la inmortalidad, plantado por la mano del mismo Dios, en cuya entrada puso querubines, para que blandiendo su espada de fuego ahuyentasen de él á la serpiente con sus infernales perfidias y mortíferos proyectos; ora, y esto en el seno mismo del Concilio de Efeso, comparándola á la milagrosa zarza que ardía sin consumirse, como dando á entender que, á los ojos de los Padres, María estuvo rodeada de una atmósfera de pecado, la cual, mientras devora á los demás, respeta su inocencia; ora considerándola como una nueva arca de la alianza que, construida de madera incorruptible, y revestida de oro por dentro y por fuera, recibió el tesoro de toda santificación. Mil analogías de esta especie se producen en los símbolos históricos, cuya significación común y superior sentido es

el de representar á María perpetuamente libre de toda mancha.

En símbolos terrestres se la representa, ora como azucena entre espinas, ora como el tallo nacido de la vara de Jesé, tallo recto, sin asperezas, sin flores marchitas, sin amargo fruto; ora como la fuente sellada cuya límpida transparencia ningún aluvión vino á enturbiar, ni siquiera á producir alteración en lo quieto de sus aguas.

En símbolos celestes se significa como aurora que se levanta sin celajes en medio de un cielo sin nieblas, electa y distinguida como el sol, y más hermosa que la luna; más hermosa, sí, porque el astro de la noche deja ver sus manchas y variaciones, mientras María no tiene en su luz ni sombra ni alteración.

En términos de comparación sobrenaturales, se nos ofrece como ornamento principal de la naturaleza humana: y es tal la gloria que María saca de su santidad, que comparada con los Querubines, Serafines y demás legiones de la Milicia eterna, los deja muy atrás, sobrepujando la entereza y brillo de María al esplendor é integridad de los espíritus celestes, por radiantes y puros que parezcan. No se necesita poseer un grado extraordinario de penetración ó de buena fe para sentir cómo palpita bajo todas estas imágenes la universal creencia en la Inmaculada Concepción, de donde aquéllas nacen como consecuencias inmediatas. Ved como la semilla abulta ya, fomentada por la celestial virtud del Espíritu Santo: ¿podréis dejar de prever la cercanía de la hora en que va á ostentarse el divino fruto que encierra?

Observad cómo se vienen explicando los escritores en términos mas precisos, después de todas esas fórmulas en que la magnificencia domina á la exactitud. San Ambrosio declara y enseña, que el Verbo Eterno encarnado, para rescatar al mundo, dió principio á la obra por su Madre; de modo que la Mujer que debía traer la salud á los hombres, fuese la primera que tomara el germen de esa misma salud, en el que debía ser manantial y prenda de ella. ¿Y quién se atreverá á decir que el grande Obispo de Milán supuso el principio del beneficio de la redención por medio de María en el segundo instante de su existencia? ¿Por qué nó en el primero? El espíritu general de su comentario manifiesta positivamente, que la intención de este Santo Padre fué fijar la acción de la gracia libertadora en el límite mismo de la nada, de donde salía la augusta Virgen.

San Agustín, el noble hijo espiritual de San Ambrosio, el Doctor de los Doctores, la lumbrera de tantos Concilios, el oráculo de tantas Iglesias, la antorcha de tantos siglos, se explica con mayor claridad aún que su maestro: «Exceptúo, dice, á la Santísima Virgen, á la que, por honor á su Hijo y Señor nuestro, no intento referirme nunca, cuando hablo de pecado.» No hay en estas palabras anuncio positivo de la privilegiada Concepción de María; pero no se me negará que tienen el valor de una prueba negativa. El ilustre Obispo de Hipona no quiere, en efecto, que se comprenda á María cuando se trata de pecado: luego entiende que debe ser exceptuada la Santísima Virgen cuando se habla de culpa original; luego supone y cree que la augusta

Virgen María fué absolutamente preservada del contagio común, por una barrera, digámoslo así, de gracia, levantada en el umbral mismo de su sér.

Aquí comienza para esta gloriosa prerogativa una fase que se distingue por la nueva irradiación de luz. No son ya sencillamente testimonios generales que la contienen como una necesaria consecuencia; son expresiones más determinadas, proposiciones ménos indefinidas que la producen sin necesidad de términos intermediarios. El rayo luminoso rasga la nube; no es la aurora, sino el día. Si observáis bien, descubriréis en Oriente y en Occidente, uno en pos de otro, á San Fulgencio, á San Juan Damasceno, á San Fulberto, á San Pedro Damiano, á San Anselmo, á San Bruno, á Ivo de Chartres, al Abad Ruperto, á Hugo y á Ricardo de San Víctor, á Pedro de Blois, y á mil otros, que esparcen sobre el asunto de la grandeza de María una luz gradualmente más clara; y cuando después de haber atravesado las diversas épocas á que pertenecen estos varones ilustres, depositarios de la tradición, lleguéis á la mitad del siglo XII, veréis los últimos restos de sombra disipados, y el astro en su apogeo. *Quasi lux splendens procedit et crescit usque in perfectam diem.* (PROV. IV., 18).

Sí, C. H. M.; aquí es donde el dogma sagrado de la Concepción se desembaraza por completo de las misteriosas oscuridades que le envolvían en su origen. Desde este instante se derrama abundantemente en la liturgia; la cátedra lo proclama ostentosamente; la piedad le tributa honores en cofradías fundadas bajo su patrocinio; en institutos religiosos y órdenes militares, que se obligan con juramento á defenderlo; en familias sagradas, que se van multiplicando en el transcurso de los siglos, y extendiéndose á manera de una vasta red que en nuestros días envuelve á toda la cristiandad. Aún os citaré otro hecho notable. Las congregaciones más sabias rivalizan en ardor y celo para vulgarizar la misma doctrina por medio de la enseñanza de que ellas disponen. Si se exceptúa una sola, y aún no en su totalidad, puesto que miembros ilustres de su seno se separaron de las opiniones del instituto á que pertenecían, todas las grandes escuelas, como las de Colonia, de Maguncia, de Sevilla y de Salamanca, siguiendo á las corporaciones religiosas, se mostraron acerca del dogma de la Concepción Inmaculada tan explícitas como unánimes. ¿Quién no tiene noticia de la Facultad de Teología de París, consagrada á la gloria de María concebida sin mancha de pecado? Todos sus doctores tomaban sobre sí el día de su recepción el deber de defenderla, obligándose á ello con juramento. Aquel célebre y esclarecido instituto que algunos Papas llamaron *Concilio permanente* de las Galias, no creyó menoscabar su crédito honrando así por su profesión como por espíritu de cuerpo, á la augusta Madre de Dios preservada de toda mancha original.

Sobre la enseñanza de las Universidades consagrada por el saber, se diseña con rasgos más caracterizados la enseñanza persuasiva y suprema de los Soberanos Pontífices. Verdad es que no se elevan aún

á la definición positiva de la doctrina de la Concepción Inmaculada; pero prohíben impugnarla, no sólo en discusiones públicas, sino también en las conversaciones particulares, fulminando las más graves censuras contra cualquiera que ose atacarla, sea en su objeto preciso, sea en los fundamentos sobre que se apoya. Quieren, en una palabra, exigen, mandan que sea inviolable, lo cual de seguro significa que la doctrina de la Concepción es á sus ojos tradicional y revelada.

Vienen por último los Concilios. Piénsese lo que se quiera acerca de la ecumenicidad del de Basilea, no se podrá negar que fué una solemne reunión de distinguidos Prelados y teólogos ilustres, pudiéndose decir que las luces eran allí tan abundantes como las personas autorizadas. En este Concilio, pues, fué saludada María como purísima y sin mancha en su Concepción, primero, por algunas voces elocuentes á las que muchas otras hicieron eco, y luego por una decisión colectiva que, aun cuando no debe ser mirada como infalible, no por eso es menos importante. Más lo fué aún el célebre decreto de la inmortal asamblea de Trento, la cual, sin profundizar la cuestión en toda su extensión, la resolvió tan categóricamente como las circunstancias permitían, dejando entrever que, si razones imperiosas no la impidieran pronunciar un fallo decisivo, colocaría en la cabeza de la Santísima Virgen, en nombre de todos los siglos cristianos, la corona de integridad absoluta y sin lesión. (*Conc. Trid.*, Sess. 15, t. xx. Concil.)